

Hacia una racionalidad digital

Extractos del libro Infocracia de Byun-Chul Han

1. El Régimen de la información

Llamamos «régimen de la información» a la forma de dominio en la que la información y su procesamiento mediante algoritmos e inteligencia artificial determinan de modo decisivo los procesos sociales, económicos y políticos. A diferencia del régimen de la disciplina, no se explotan cuerpos y energías, sino información y datos.

El factor decisivo para obtener el poder no es ahora la posesión de los medios de producción, sino el acceso a la información, que se utiliza para la vigilancia psicopolítica y el control y pronóstico del comportamiento.

El régimen de la información está acoplado al capitalismo de la información, que hoy deviene en capitalismo de la vigilancia y que degrada a las personas a la condición de datos y ganado consumidor.

El régimen de la disciplina es la forma de dominación del capitalismo industrial. Este régimen adopta una forma maquina. Todo el mundo es un engranaje dentro de la máquina disciplinaria del poder.

El capitalismo de la información, que se baja en la comunicación y la creación de redes, hace que técnicas de disciplina como el aislamiento espacial, la estricta reglamentación del trabajo o el adiestramiento físico quedan obsoletas.

El régimen de la disciplina que describe Foucault utiliza el aislamiento como medio de dominación: «La soledad es la primera condición de la sumisión total».[3] El panóptico con celdas aisladas unas de otras es la imagen ideal y simbólica del régimen de la disciplina. Sin embargo, el aislamiento ya no puede aplicarse al régimen de la información, que explota especialmente la comunicación.

La vigilancia en el régimen de la información tiene lugar a través de los datos.

El régimen de la información, cuyo advenimiento Foucault obviamente no reconoció, no persigue ninguna biopolítica. Su interés no está en el cuerpo. Se apodera de la psique mediante la psicopolítica. Hoy el cuerpo es, ante todo, objeto de estética y fitness.

A diferencia del régimen premoderno del soberano, el régimen moderno de la disciplina no es una sociedad del espectáculo, sino una sociedad de la vigilancia.

La eficacia del panóptico disciplinario consiste en que sus internos se sienten constantemente vigilados. Interiorizan la vigilancia. Para el poder disciplinario es esencial la creación de un “estado consciente y permanente de visibilidad”.

En el estado de vigilancia de George Orwell, el Gran Hermano garantiza una visibilidad constante. Big Brother is watching you.

En el régimen de disciplina, las medidas de la localización espacial, como el confinamiento y el aislamiento, garantizan la visibilidad de los sometidos.

En la sociedad de la información, los medios de reclusión del régimen de la disciplina se disuelven en redes abiertas. La visibilidad se establece ahora de una manera completamente diferente: no a través del aislamiento, sino de la creación de redes.

La tecnología de la información digital hace de la comunicación un medio de vigilancia.

La dominación se consuma en el momento en que la libertad y la vigilancia se aúnan.

En el régimen de la información, las personas se esfuerzan por alcanzar la visibilidad por sí mismas. Mientras que el régimen de la disciplina las obliga a ello.

La transparencia es el imperativo sistémico del régimen de la información.

La sociedad de la información es la sociedad de la transparencia. El imperativo de la transparencia permite que la información circule con libertad. No son las personas las realmente libres, sino la información. La paradoja de la sociedad de la información es que las personas están atrapadas en la información. Ellas mismas se colocan los grilletes al comunicar y producir información. La prisión digital es transparente.

El régimen de la información hace que las personas sean completamente transparentes.

No existe la dominación transparente. La transparencia es el frente de un proceso que escapa a la visibilidad. La transparencia en sí misma no es transparente. Tiene una parte trasera. La sala de máquinas de la transparencia es oscura. Así es como nos entregamos al poder cada vez mayor de la caja negra algorítmica.

El smartphone transforma todo el hogar en una prisión digital que registra de manera minuciosa nuestra vida cotidiana. En la prisión digital como zona de bienestar inteligente no hay resistencia al régimen imperante. El like excluye toda revolución.

El capitalismo de la información se apropia de técnicas de poder neoliberales. A diferencia de las técnicas de poder del régimen de la disciplina, no funcionan con coerciones y prohibiciones, sino con incentivos positivos.

Explotan la libertad en lugar de suprimirla.

Poder inteligente

No da órdenes, sino que susurra.

La vigilancia y el castigo, que caracterizan el régimen de la disciplina según Foucault, dejan paso a la motivación y la optimización.

La dominación se presenta como libertad, comunicación y community.

Los influencers de YouTube e Instagram también han interiorizado las técnicas de poder neoliberales.

Son venerados como modelos a los que seguir. Ello dota a su imagen de una dimensión religiosa.

El like es un amén. Compartir es la comunión. El consumo es la redención.

En el régimen neoliberal de la información, no es la conciencia de la vigilancia permanente, sino la libertad sentida, lo que asegura el funcionamiento del poder.

En contraste con la intocable telepantalla del Big Brother, la pantalla táctil inteligente hace que todo esté disponible y sea consumible. De ese modo, se crea la ilusión de la «libertad de la yema de los dedos»

En el régimen de la información, ser libre no significa actuar, sino hacer clic, dar al like y postear. Así, apenas encuentra resistencia. No debe temer a ninguna revolución. Los dedos no son capaces de actuar en sentido enfático, como las manos.

Con su dataísmo, el régimen de la información revela rasgos totalitarios. Se esfuerza por lograr un conocimiento total. Pero el conocimiento total dataísta no se consigue con el relato ideológico sino con la operación algorítmica.

El dataísmo quiere calcular todo lo que es y será. El big data no cuenta nada. Los relatos dejan paso a los recuentos algorítmicos. El régimen de la información sustituye por completo lo narrativo por lo numérico. Los algoritmos, por muy inteligentes que sean, no pueden eliminar la experiencia de la contingencia con tanta eficacia como los relatos ideológicos.

La ideología anima a las masas. Les insufla alma, que unifica las acciones de la masa. El régimen de la información, en cambio, aísla a las personas. Incluso cuando se reúnen, no forman una masa, sino enjambres digitales que no siguen a un líder, sino a sus influencers.

Los medios electrónicos son medios de masas en el sentido de que producen un hombre-masa: «El hombre-masa es el habitante electrónico del globo terráqueo y al mismo tiempo está conectado con todos los demás hombres, como si fuera un espectador en un estadio deportivo global».[10] El hombre-masa no tiene identidad. Es «nadie»

El habitante del mundo digitalizado ya no es ese “nadie”. Más bien es alguien con un perfil, mientras que en la era de las masas solo los delincuentes tenían un perfil. El régimen de la información se apodera de los individuos mediante la elaboración de perfiles de comportamiento.

El big data y la inteligencia artificial son como una lupa digital que descubre el inconsciente oculto del agente tras el espacio consciente de la acción. Por analogía con el inconsciente

óptico, podemos llamarlo inconsciente digital. El big data y la inteligencia artificial ponen al régimen de la información en condiciones de influir en nuestro comportamiento por debajo del umbral de la conciencia.

Ante la revolución digital, Schmitt reescribiría su dictum sobre la soberanía: soberano es quien manda sobre la información en la red.

2. Infocracia

En los primeros tiempos de la democracia, el libro era el medio determinante. El libro instauró el discurso racional de la Ilustración. La Esfera Pública discursiva, esencial para la democracia, debía su existencia al público lector.

En Historia y crítica de la opinión pública, Habermas señala una estrecha relación entre el libro y la esfera pública democrática: «Con un público lector general, compuesto principalmente por los ciudadanos urbanos y la burguesía, y que se extiende más allá de la república de los sabios [...], se forma una red relativamente densa de comunicación pública, por así decirlo, desde el centro de la esfera privada».[13] Sin la imprenta, no podría haber habido una Ilustración que hiciera uso de la razón, del *raisonnement*. En la cultura del libro, el discurso muestra una coherencia lógica: «En una cultura determinada por la impresión de libros, el discurso público se caracteriza generalmente por una ordenación coherente y regulada de hechos e ideas»

Los medios de comunicación electrónicos destruyen el discurso racional determinado por la cultura electrónica. Producen mediocracia.

Habermas responsabiliza a los medios de comunicación de masas del declive de la esfera pública democrática.

El mundo producido por los medios de masas es una esfera pública solo en apariencia.

En la mediocracia, también la política se somete a la lógica de los medios de masas. La diversión determina la transmisión de los contenidos políticos y socava la racionalidad.

El entretenimiento es el mandamiento supremo, al que también se somete la política.

En el apogeo de la mediocracia, el actor Ronald Reagan es elegido presidente de Estados Unidos.

El discurso degenera en espectáculo y publicidad.

La política pierde así toda su sustancia y se ahueca en una política telecrática de imágenes.

La televisión fragmenta el discurso. Hasta los medios impresos se vuelven televisivos.

En la era de la televisión, la noticia breve se convierte en la unidad básica de información en los medios impresos.

La historia de la dominación puede escribirse como el dominio de diferentes pantallas.

En 1984, añade Huxley, se controla a los hombres infligiéndoles dolor. En *Un mundo feliz* se los controla proporcionándoles placeres. Así pues, Orwell temía que lo que aborrecemos nos destruyera. Huxley temía que lo que nos gusta nos destruyera».[20]

Un mundo feliz, de Huxley, está en muchos aspectos más cerca de nuestro presente que el estado de vigilancia de Orwell.

En la actualidad, los medios digitales someten a la esfera pública a un drástico cambio estructural.

En la era de los medios digitales, la esfera pública discursiva no está amenazada por los formatos de entretenimiento de los medios de comunicación de masas, ni por el infotainment, sino por la difusión y multiplicación viral de la información, es decir, por la infodemia.

La estructura anfiteatral de los medios de comunicación de masas deja paso a una estructura rizomática de los medios digitales, que no tienen un centro.

La esfera pública se desintegra en espacios privados.

Es imposible detenerse en la información. Esto deja al sistema cognitivo en estado de inquietud. La necesidad de aceleración inherente a la información reprime a las prácticas cognitivas que consumen tiempo, como el saber, la experiencia y el conocimiento.

El tiempo se reduce a una mera secuencia de presencias puntuales.

Las arquitecturas sustentadoras del tiempo, que estabilizan tanto la vida como la percepción, se están erosionando a ojos vistas. El cortoplacismo general de la sociedad de la información no favorece la democracia. El discurso tiene una temporalidad intrínseca que no es compatible con una comunicación acelerada y fragmentada. Es una práctica que requiere mucho tiempo.

La racionalidad también requiere tiempo. Las decisiones racionales se toman para largo tiempo. Vienen precedidas de una reflexión que se remite, más allá del momento, al pasado y al futuro. Esta extensión temporal distingue a la racionalidad.

En la sociedad de la información simplemente no tenemos tiempo para la acción racional. La coerción de acelerar la comunicación nos priva de la racionalidad. Bajo la presión del tiempo, recurrimos a la inteligencia.

Luhmann: “En una sociedad de la información ya no se puede hablar de comportamiento racional, sino, en el mejor de los casos, de comportamiento inteligente”

Hoy la racionalidad discursiva también se ve amenazada por la comunicación afectiva.

En una comunicación afectiva, no son los mejores argumentos los que prevalecen, sino la información con mayor potencial de excitación.

Así, las fake news concitan más atención que los hechos. Un solo tuit con una noticia falsa o un fragmento de información descontextualizado puede ser más efectivo que un argumento bien fundado. Trump, el primer presidente con Twitter, trocea su política en tuits. No son visiones, sino informaciones virales, las que los determinan.

La infocracia fomenta la acción instrumental orientada al éxito. El oportunismo se extiende.

La matemática estadounidense Cathy O'Neil señala con acierto que el propio Trump actúa como un algoritmo completamente oportunista, guiado solo por las reacciones del público.

La psicometría, también conocida como psicografía, es un procedimiento basado en datos para obtener un perfil de personalidad.

Los perfiles psicométricos permiten predecir el comportamiento de una persona mejor de lo que podría hacerlo un amigo o un compañero.

El smartphone es un dispositivo de registro psicométrico que alimentamos con datos día tras día, incluso cada hora. Puede usarse para calcular con precisión la personalidad de un usuario.

El régimen de la disciplina solo disponía de información demográfica, lo que le permitía llevar a cabo una biopolítica. El régimen de la información, en cambio, tiene acceso a información psicográfica, que utiliza para su psicopolítica.

La psicometría es una herramienta ideal para el marketing psicopolítico. El llamado microtargeting utiliza perfiles psicométricos. A partir de los psicogramas de los votantes, se les hace publicidad personalizada en las redes sociales. Al igual que el comportamiento de los consumidores, el de los votantes se ve influido en un nivel subconsciente.

La infocracia basada en datos socava el proceso democrático, que presupone la autonomía y el libre albedrío. La empresa de datos británica Cambridge Analytica se jacta de poseer los psicogramas de todos los ciudadanos adultos de Estados Unidos.

En el microtargeting, los votantes no están informados del programa político de un partido, sino que se los manipula con publicidad electoral adaptada a su psicograma, y no pocas veces con fake news.

Estos dark ads psicométricamente optimizados suponen una amenaza para la democracia.

Cada cual recibe su mensaje diferente, y esto fragmenta al público. Grupos distintos reciben información diferente, que a menudo se contradice.

Los dark ads contribuyen a la división y polarización de la sociedad y envenenan el clima del discurso. Además, son invisibles para el público.

La tecnología de la información digital reduce los costes de producción casi a cero.

En la era de los medios de comunicación de masas, los costes de producción de la información eran incomparablemente más altos.

La televisión podía ser un reino de apariencias, pero aún no era una fábrica de fake news. La mediocracia como telecracia se basaba en el espectáculo y el entretenimiento, no en las noticias falsas y la desinformación.

Solo la red digital creó las condiciones estructurales previas para las distorsiones infocráticas de la democracia.

La mediocracia degradaba las campañas electorales hasta convertirlas en una guerra de escenificaciones mediáticas.

En la infocracia, por el contrario, las campañas electorales degeneran en una guerra de información. Twitter no es un escenario de la mediocracia, sino de la infocracia.

En la red, los bots sociales influyen de forma indirecta en las decisiones políticas. Cuando los ciudadanos interactúan con robots de opinión y se dejan manipular por ellos, cuando determinados actores, cuyos orígenes y motivaciones son completamente oscuros, interfieren en los debates políticos, la democracia está en peligro.

En las campañas electorales entendidas como guerras de información, no son ya los mejores argumentos los que prevalecen, sino los algoritmos más inteligentes.

3. El fin de la acción comunicativa

En su ensayo *Inteligencia colectiva*, el teórico de los medios de comunicación Pierre Lévy pinta una democracia digital aún más directa que la llamada «democracia directa». Ella licuaría la osificada democracia representativa por medio de más comunicación, por medio de una incesante retroalimentación.

La representación, que crea distancia, se sustituye por la presencia de la participación directa. La democracia digital en tiempo real es una democracia presencial.

(Sin embargo) Los enjambres digitales no forman un colectivo responsable y políticamente activo.

La comunicación en las redes sociales basada en algoritmos no es libre ni democrática.

Al publicar sin cesar información privada en un escaparate móvil, acelera la desintegración de la esfera pública.

La comunicación digital provoca una reestructuración del flujo de información, lo cual tiene un efecto destructivo en el proceso democrático. La información se difunde sin pasar por el espacio público. Se produce en espacios privados y a espacios privados se envía.

La red no forma una esfera pública.

Las redes sociales amplían esta comunicación sin comunidad.

La red digital carece de la estructura anfiteatral de los medios de comunicación convencionales, que agrupan los asuntos relevantes para la sociedad en su conjunto y atraen la atención de toda la población hacia ellos. Las fuerzas centrífugas que le son inherentes hacen que el público se desintegre en enjambres fugaces e interesados. Esto dificulta la acción comunicativa, que requiere públicos estables a gran escala.

El pensamiento político es representativo en el sentido de que el pensamiento de los demás está siempre presente (Hanna Arendt). La representación como presencia del otro en la formación de la opinión es constitutiva de la democracia como práctica discursiva. "Me formo una opinión tras considerar determinado tema desde diversos puntos de vista (...) es decir, los represento".

En el discurso democrático es necesaria la imaginación, que me permite ser y pensar dentro de mi propia identidad tal como en realidad no soy. El pensamiento que lleva a la formación de la opinión, según Arendt, "genuinamente discursivo" por cuanto que hace igualmente presente la posición del otro. Sin la presencia del otro mi opinión no es discursiva, no es representativa, sino autista, doctrinaria y dogmática.

La presencia del otro también es constitutiva de la acción comunicativa en el sentido de Habermas: "El concepto de acción comunicativa nos obliga a considerar a los actores también como hablantes y oyentes que se refieren a algo en el mundo objetivo, social o subjetivo, y, por lo tanto, hacen de forma recíproca afirmaciones de validez que pueden ser aceptadas y discutidas. Los actores ya no se refieren directamente a algo en el mundo objetivo, social o subjetivo, sino que relativizan su afirmación sobre algo en el mundo con la posibilidad de que su validez sea rebatida por otros actores."

Hacerlo desde directamente o desde sí mismo no es un movimiento discursivo, es ser ciego al discurso. El discurso es un movimiento de ida y vuelta.

En el discurso, el otro nos desvía, en un sentido positivo, de nuestras propias convicciones. Sólo la voz del otro presta a mi afirmación, a mi opinión, una cualidad discursiva.

En la acción comunicativa, debo ser consciente de la posibilidad de que mi discurso sea cuestionado por otro. Un enunciado sin signo de interrogación no tiene carácter discursivo.

En un metaplano más esencial, la crisis actual de la acción comunicativa se debe al hecho de que el otro está en trance de desaparición. La desaparición del otro significa el fin del discurso. Este hecho priva a la opinión de la racionalidad comunicativa. La expulsión del otro refuerza la compulsión autopropagandística de adoctrinarse con las propias ideas.

Este autoadoctrinamiento produce burbujas autistas que dificultan la acción comunicativa.

El discurso requiere separar la opinión propia de la identidad propia. Los individuos que no poseen esta capacidad discursiva se aferran desesperadamente a sus opiniones, porque, de lo contrario, su identidad se ve amenazada. Por ello, el intento de hacerles cambiar de opinión está condenado al fracaso.

No escuchan al otro. Pero la práctica del discurso consiste en escuchar. La crisis de la democracia es ante todo una crisis del escuchar.

Según Eli Pariser, lo que está destruyendo el espacio público es la personalización algorítmica de la red: «La nueva generación de filtros de internet se fija en lo que parece que a usted le gusta —cómo ha sido de activo en la red o qué cosas o personas le gustan— y saca las conclusiones pertinentes.

Crean un universo único de información para cada uno de nosotros y cambian fundamentalmente el modo en que accedemos a las ideas y a la información.

Eli Pariser ve en la personalización de la red una amenaza a la propia democracia. Las cuestiones socialmente relevantes que quedan fuera del interés individual inmediato son, afirma Pariser, la base y la razón de ser de la democracia

La personalización de internet hace que nuestro mundo y nuestro horizonte de experiencias sean cada vez más pequeños y limitados

Al contrario de lo que supone Pariser, la desintegración de la esfera pública no es un problema puramente técnico

No es la personalización algorítmica de la red, sino la desaparición del otro, la incapacidad de escuchar, lo que provoca la crisis de la democracia.

La situación discursiva en la que se busca el entendimiento no está exenta de condiciones y contextos. Está rodeada de presupuestos culturales o prácticas socialmente asimiladas que determinan prerrelexivamente la acción comunicativa. Habermas llama a este horizonte de patrones de interpretación concordantes el «mundo de la vida» Este mundo crea un consenso de fondo que estabiliza la acción comunicativa:

El mundo de la vida define un horizonte y, al mismo tiempo, ofrece un repertorio de supuestos culturales».[32]

La globalización y la consiguiente hiperculturalización de la sociedad están ya disolviendo los contextos culturales y las tradiciones que nos anclan en un común mundo de la vida.[33]

Las ofertas convencionales de identidad con una validez prerrelexiva ya no existen hoy

Junto con la globalización, la digitalización y la creación de redes están acelerando la desintegración del mundo de la vida. La creciente desfactificación y descontextualización del mundo de la vida destruye ese «fondo holístico» de la acción comunicativa. La

desaparición de la facticidad del mundo de la vida complica enormemente la comunicación orientada al entendimiento.

Ante la desafectación del mundo de la vida, surgen necesidades y esfuerzos para organizar espacios en la red en los que vuelvan a ser posibles experiencias de identidad y comunidad, es decir, para establecer un mundo de la vida basado en la red que se perciba como natural y aproblemático.

La red queda entonces tribalizada. Las tribus digitales hacen posible una fuerte experiencia de identidad y pertenencia. Para ellas, la información no es un recurso para el conocimiento, sino un recurso para la identidad.

Las tribus digitales se encierran en sí mismas seleccionando la información y utilizándola para su política de identidad. Contrariamente a la tesis del filtro burbuja, ellas se enfrentan en sus infoburbujas a hechos que contradicen sus creencias. Pero simplemente los ignoran porque no encajan en el relato creador de identidad, pues abandonar las convicciones supone la pérdida de la identidad, algo que debe evitarse a toda costa.

Así, los colectivos identitarios tribalistas rechazan todo discurso, todo diálogo. El entendimiento ya no es posible. Las opiniones expresadas no son discursivas, sino sagradas, porque coinciden plenamente con su identidad, algo a lo que no pueden renunciar.

En la acción comunicativa, cada participante supone la validez de sus convicciones. Si no es aceptada por otros, se abre un debate discursivo. Este es un acto comunicativo que intenta llegar a un entendimiento entre las diferentes pretensiones de validez. En él se emplean argumentos destinados a justificar o rechazar las pretensiones de validez. La racionalidad inherente al discurso se denomina racionalidad comunicativa.

La pretensión de validez de las tribus digitales como colectivos identitarios no es discursiva, sino absoluta, porque carece de racionalidad comunicativa.

En el universo posfactual de las tribus digitales, un enunciado ya no hace referencia alguna a hechos. Prescinde así de toda racionalidad. No es criticable ni está obligado a justificar lo que sostiene. Sin embargo, los que lo respaldan reafirman su sentimiento de pertenencia.

El discurso es así sustituido de este modo por la creencia y la adhesión.

Fuera del territorio tribal solo hay enemigos, otros a los que combatir.

La progresiva tribalización de la sociedad pone en peligro la democracia. Conduce a una dictadura tribalista de opinión e identidad que carece de toda racionalidad comunicativa.

La comunicación actual es cada vez menos discursiva, puesto que pierde cada vez más la dimensión del otro. La sociedad se está desintegrando en irreconciliables identidades sin alteridad.

Ya no nos escuchamos. Escuchar es un acto político en la medida en que integra a las personas en una comunidad y las capacita para el discurso. Crea un nosotros.

La democracia es una comunidad de oyentes. La comunicación digital como comunicación sin comunidad destruye la política basada en escuchar. Entonces solo nos escuchamos a nosotros mismos. Eso sería el fin de la acción comunicativa.

4. Racionalidad digital

Los dataístas creen que no solo la desintegración de la esfera pública, sino también la gran masa de información, casi como la rápidamente reciente complejidad de la sociedad de la información, hacen que la idea de la acción comunicativa quede obsoleta.

Habermas: Simplemente no sé qué podría ser en el mundo digital un equivalente funcional de la estructura comunicativa de las vastas esferas públicas políticas formadas desde el siglo XVIII y que ahora está a punto de desmoronarse. [...] ¿Cómo mantener una esfera pública en el mundo virtual de la red descentralizada [...], una esfera pública con circuitos de comunicación que incluyan a la población?

Los dataístas seguramente imaginarán una racionalidad que se las arregla sin acción comunicativa. Ven el big data y la inteligencia artificial un equivalente funcional de la esfera pública discursiva hoy a punto de desmoronarse, pero que deja obsoleta la teoría de la acción comunicativa.

A la forma de racionalidad que prescinde de la comunicación, del discurso, podemos llamarla racionalidad digital.

Se opone a la racionalidad comunicativa, que conduce el discurso.

Razonamiento se enlaza con aprendizaje. La argumentación también desempeña un papel importante en los procesos de aprendizaje.

Llamamos racional a una persona que expresa opiniones razonadas y actúa eficazmente en el ámbito cognitivo-instrumental

La inteligencia artificial no razona, sino que computa. Los algoritmos sustituyen a los argumentos.

Los algoritmos, en cambio, se optimizan continuamente en el proceso maquinal. Esto les permite corregir sus errores de forma independiente. La racionalidad digital sustituye el aprendizaje discursivo por el machine learning. Los algoritmos imitan así los argumentos.

La acción comunicativa, afirmarían los dataístas, solo es posible en el marco de una cantidad abarcable de información, porque el entendimiento humano finito no está en condiciones de procesar una gran cantidad de información, y la digitalización conduce a una proliferación informativa que desborda el marco discursivo.

Los dataístas creen que el big data y la inteligencia artificial nos permiten tener una visión divina y global que capta con precisión todos los procesos sociales y los optimiza para el bien de todos.

El discurso, dirigido por el entendimiento humano, palidece ante la visión divina del big data. Los dataístas oponen a la teoría de la acción comunicativa de Habermas una teoría behaviorista de la información que prescinde del discurso.

La minería de datos entre el big data y la inteligencia artificial encuentra soluciones óptimas a los problemas y conflictos de una sociedad concebida como un sistema social predecible. Así el big data y la inteligencia artificial toman decisiones más inteligentes, incluso más racionales, que los individuos humanos.

Desde el punto de vista dataísta, la racionalidad digital es muy superior a la comunicativa.

Los dataístas están convencidos de que, por primera vez en la historia, la humanidad dispone de los datos que le permitirán un conocimiento total de la sociedad. Nos prometen un mundo sin guerras ni crisis financieras, en el que incluso las enfermedades infecciosas podrán detectarse y detenerse rápidamente. Pentland escribió en 2014 que los datos por sí solos podrían evitar las muertes masivas debidas a una pandemia de gripe. Sin embargo, son las preocupaciones por la esfera privada las que se cruzan en el camino de un progreso civilizatorio decisivo: «Los principales obstáculos para alcanzar estas metas son las dudas en torno a la privacidad y el hecho de que todavía no tengamos un consenso sobre el modo de equilibrar los valores personales y sociales.

Los dataístas imaginan una sociedad que puede prescindir por completo de la política. Si un sistema social, argumentarían, tiene suficiente estabilidad, es decir, si existe una amplia conformidad con el sistema en todos los niveles de la sociedad, no es necesaria la acción política en el sentido enfático, la cual tendría que crear una nueva situación social.

Cuando los conflictos de clase y de intereses disminuyen, los partidos pierden su importancia. Cada vez se parecen más. Los partidos y las ideologías, seguirían argumentando los dataístas, solo tienen sentido en una sociedad en la que prevalecen las desigualdades sistémicas.

Desde la perspectiva dataísta, la democracia de partidos dejará de existir en un futuro próximo. Dará paso a la infocracia como posdemocracia digital. Los políticos serán entonces sustituidos por expertos e informáticos que administrarán la sociedad más allá de los principios ideológicos e independientemente de los intereses del poder. La política será sustituida por la gestión de sistemas basada en datos.

Las decisiones socialmente relevantes se tomarán utilizando el big data y la inteligencia artificial. No más discursos y comunicación, sino más datos y más algoritmos inteligentes, es lo que promete la optimización del sistema social, y hasta la felicidad de todos.

Entusiasmado con el método estadístico del siglo XVIII, Rousseau propuso una racionalidad aritmética “sin comunicación”. Esta se oponía a la racionalidad comunicativa. Rousseau concebía la voluntad general (*volonté générale*) como una magnitud puramente numérico-matemática que se encontraría objetivada más allá de la acción comunicativa.

No la comunicación, sino una operación aritmética, un algoritmo, determina la voluntad general. En el Contrato Social Rousseau escribió: “Hay, con frecuencia, bastante diferencia entre la voluntad de todos y la voluntad general. Esta no tiene en cuenta sino el interés común. La otra refiere al interés privado y no es sino una suma de voluntades particulares”

Rousseau rechazaba incluso la formación de partidos y asociaciones políticas, porque eliminan diferencias a su favor.

Para Rousseau, cada cual debía mantener su propia convicción, su opinión individual, en lugar de participar en un discurso: «Las diferencias se reducen y dan un resultado menos general. Finalmente, cuando una de estas asociaciones es tan grande que excede a todas las demás, no tendrá como resultado una suma de pequeñas diferencias sino una diferencia única; entonces no hay ya voluntad general, y la opinión que domina no es sino una opinión particular. Importa, pues, para poder fijar bien el enunciado de la voluntad general, que no haya ninguna sociedad parcial en el Estado y que cada ciudadano opine exclusivamente según él mismo».

Traducida al lenguaje de los dataístas, la tesis de Rousseau es la siguiente: cuantos más datos diferentes se obtengan, más auténtica será la voluntad general determinada. El discurso, en cambio, distorsiona el resultado.

Rousseau es, por lo tanto, el primer dataísta. Se acerca a la racionalidad digital. Los estadísticos de Rousseau son sustituidos en el régimen de la información por los informáticos. La inteligencia artificial, utilizando el big data, determina la voluntad general, es decir, calcula el interés general de una sociedad.

La racionalidad comunicativa se basa en la autonomía y la libertad del individuo. Los dataístas, en cambio, defienden un conductismo digital que rechaza la idea de un individuo libre que actúa de forma autónoma. Como conductistas, creen que el comportamiento de un individuo puede predecirse y controlarse con precisión. El conocimiento total torna obsoleta la libertad del individuo.

“Es hora de que abandonemos la ficción del individuo como unidad básica de la racionalidad y reconozcamos que nuestra racionalidad está determinada en gran medida por la estructura social que nos rodea”

Los dataístas sostienen que los humanos no son por principio diferentes de las abejas y los monos: “La fuerza de la física social proviene del hecho de que nuestras acciones diarias son casi universalmente habituales y se basan en gran medida en lo que hemos aprendido observando el comportamiento de los demás. Es decir, podemos observar a los humanos

igual que observamos a los monos o a las abejas, y podemos derivar reglas referidas al comportamiento, a las respuestas y el aprendizaje (Alex Pentland)

Amplía la minería de datos con la “minería de la realidad”. A los seres humanos se los equipó con los llamados sociómetros, que registran de forma minuciosa su comportamiento, incluido su lenguaje corporal, y a generan así enormes cantidades de datos sobre el comportamiento.

La minería de la realidad con sensores digitales hace que toda la sociedad sea calculable y controlable.

“Dentro de unos años probablemente dispongamos de datos completos sobre el comportamiento de casi toda la humanidad y además sin interrupción (...) Y una vez que hayamos desarrollado una forma más precisa de visualizar los patrones de la vida humana podremos esperar entender y controlar nuestra sociedad moderna de una manera más adecuada a nuestra compleja red de hombre y tecnología”.

La política y la gobernanza son sustituidos por la planificación, el control y el condicionamiento.

La visión conductista del ser humano no es fácil de conciliar con los principios democráticos.

La democracia cede al avance de una infocracia basada en datos y preocupada por optimizar el intercambio de información.

Los análisis de datos mediante inteligencia artificial sustituyen a la esfera pública discursiva, lo que significaría el fin de la democracia.

Shoshana Zuboff se opone empáticamente a la imagen dataísta del hombre: «Si queremos renovar la democracia en las próximas décadas, necesitamos un sentimiento de indignación, una sensación de pérdida de lo que nos están quitando. [...] Lo que aquí está en juego es la expectativa que cada ser humano abriga de ser dueño de su propia vida y autor de su propia experiencia. Lo que está en juego es la experiencia interior con la cual conformamos nuestra voluntad de querer y los espacios públicos en los que actuar de acuerdo con esa voluntad».

A los dataístas, este apasionado compromiso con la libertad y la democracia les sonará como una voz fantasmal de una época ya pasada.

La idea del hombre basada en la autonomía y la libertad individuales, en la voluntad del querer, habrá durado relativamente poco desde una perspectiva dataísta.

5. La crisis de la verdad

El nuevo nihilismo es un fenómeno del siglo XXI y es fruto de las distorsiones patológicas de la sociedad de la información. Se alza cuando perdemos la fe en la propia verdad.

En la era de las fake news, la desinformación y la teoría de la conspiración, la realidad y las verdades fácticas se han esfumado. La información circula ahora, completamente desconectada de la realidad, en un espacio hiperreal.

Se pierde la creencia en la facticidad. Vivimos en un universo desfactificado. Junto con las verdades fácticas desaparece también el mundo común al que podríamos referirnos en nuestras acciones.

A pesar de su radicalismo, la crítica de Nietzsche a la verdad no pretende su destrucción, pues no niega la propia verdad. Solo expone su origen moral. La verdad se deconstruye, es decir, se reconstruye genealógicamente. La verdad es, según Nietzsche, una construcción social que sirve para hacer posible la convivencia humana.

El mentiroso usa las palabras para hacer que lo irreal aparezca como real, es decir, hace un uso impropio del fundamento sólido».

La verdad impide que las diferentes pretensiones de validez conduzcan a un bellum omnium contra omnes, a la división total de la sociedad. Como convención necesaria, mantiene unida a la sociedad.

La crítica de Nietzsche a la sociedad sería hoy más radical. Nos corroboraría que entretanto hemos perdido por completo el impulso a la verdad, la voluntad de verdad. Solo una sociedad intacta desarrolla el impulso a la verdad. La disminución de este impulso y la disgregación de la sociedad están interconectados. La crisis de la verdad se extiende cuando la sociedad se desintegra en agrupaciones o tribus entre las cuales ya no es posible ningún entendimiento, ninguna designación vinculante de las cosas. En la crisis de la verdad, se pierde el mundo común, incluso el lenguaje común.

La verdad ejerce una fuerza centrípeta que mantiene unida a una sociedad.

La fuerza centrífuga inherente a la información tiene un efecto destructivo sobre la cohesión social.

El nuevo nihilismo se gesta dentro del proceso destructivo en el que el discurso se desintegra en información, lo que conduce a la crisis de la democracia.

El nuevo nihilismo no supone que la mentira se haga pasar por verdad o que la verdad sea difamada como mentira. Más bien socava la distinción entre verdad y mentira.

Paradójicamente, quien miente de forma consciente y se opone a la verdad la reconoce. La mentira solo es posible cuando la distinción entre la verdad y la mentira permanece intacta. El mentiroso no pierde su conexión con la verdad. Su fe en la realidad no se tambalea. El mentiroso no es un nihilista. No cuestiona la verdad en sí misma. Cuanto más decididamente miente, más se reafirma la verdad. Las noticias falsas no son mentiras. Atacan a la propia facticidad. Desfactifican la realidad.

El bullshitter, el charlatán, no se opone a la verdad. Más bien es del todo indiferente ante la verdad. Sin embargo, la explicación de Frankfurt de por qué hay tanta bullshit hoy resulta inadecuada: «La bullshit es inevitable cuando las circunstancias obligan a la gente a hablar de cosas de las que no saben nada. Así, la producción de bullshit se ve estimulada cuando una persona se ve en la tesitura, o en la obligación, de tener que hablar de un tema que excede su nivel de conocimiento de los hechos relevantes sobre él. [...] En la misma dirección va la creencia generalizada de que en una democracia los ciudadanos están obligados a formarse opiniones sobre todos los temas imaginables, o al menos sobre todas aquellas cuestiones que son relevantes para los asuntos públicos».[50]

Frankfurt no reconoce la crisis actual de la verdad. No puede atribuirse a la discrepancia entre los conocimientos y los hechos o al escaso conocimiento de la realidad. La crisis de la verdad hace que la fe en los propios hechos tambalee.

Las opiniones pueden ser muy dispares; pero son legítimas siempre que respeten la verdad factual.

La libertad de expresión, en cambio, degenera en farsa cuando pierde toda referencia a los hechos y a las verdades fácticas.

En 2005, The New York Times, recurrió al neologismo truthiness como una de esas palabras que captan el espíritu de la época. La truthiness refleja la crisis de la verdad. Se refiere a la verdad como impresión subjetiva que carece de toda objetividad, de toda solidez factual. La arbitrariedad subjetiva que la constituye suprime la verdad. En ella se expresa la actitud nihilista hacia la realidad. Es un fenómeno patológico de la digitalización. No pertenece a la cultura de los libros. Es justo la digitalidad la que erosiona lo fáctico. El presentador de televisión Stephen Colbert, que acuñó la palabra truthiness, comentó en una ocasión: «I don't trust books. They're all fact, no heart».

En Los orígenes del totalitarismo, Hannah Arendt decía que Hitler difundió en millones de ejemplares que las mentiras solo pueden tener éxito si son enormes, es decir, si no se contentan con negar determinados hechos dentro de un contexto fáctico que se deja intacto, en cuyo caso la facticidad intacta siempre saca a la luz las mentiras, sino si mienten sobre la entera facticidad, de tal manera que todos los hechos concretos sobre los que se miente en un contexto coherente sustituyen el mundo real por otro ficticio.

Hitler no era, según Arendt, un mentiroso corriente. Era capaz de esas mentiras que, en su enormidad y totalidad, producen una nueva realidad. Quien inventa una nueva realidad no miente en el sentido ordinario.

Incluso en el estado totalitario de Orwell, la verdad persiste como instancia. Se basa en una enorme mentira que se presenta como verdad.

El protagonista, Winston Smit, dice: Y si todos los demás aceptaban la mentira que impuso el partido, si todos los testimonios decían lo mismo, entonces la mentira pasaba a la historia y se convertía en verdad.

El ministerio de la verdad practica la mentira total del modo más radical, No se limita a difundir fake news aisladas.

En la mentira total, el propio lenguaje se retuerce y se adapta a la mentira. Las distinciones conceptuales claras se tornan imposibles. Así, los tres lemas del partido son: «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza».[59]

Las fake news de Trump están lejos de las enormes mentiras que crean una nueva realidad. Trump apenas usa la palabra «verdad». No miente en nombre de la verdad. Sus hechos alternativos no se condensan en un relato, un relato ideológico. Les falta continuidad y coherencia narrativas. La política de fake news de Trump solo es posible en un régimen informativo desideologizado.

Arendt estaba todavía convencida de que los hechos, a pesar de su índole frágil, son obstinados, de que tienen una extraña resistencia. Pero eso ahora es cosa del pasado.

El orden digital suprime generalmente la firmeza de lo fáctico, incluso la firmeza del ser, al totalizar la productibilidad. El mundo digitalizado, es decir, informatizado, es todo menos obstinado y resistente.

La digitalidad es totalmente opuesta a la facticidad.

La total productibilidad es también la esencia de la fotografía digital. La fotografía analógica certifica al espectador el ser de lo que realmente existe.

La fotografía digital destruye la factibilidad como verdad.

La información es aditiva y acumulativa. La verdad en cambio es narrativa y exclusiva.

Hoy estamos bien informados, pero desorientados. La información no tiene capacidad orientativa.

La verdad es, en última instancia, una promesa, como se expresa en las palabras bíblicas: Yo soy el camino, la verdad y la vida.

La verdad discursiva como entendimiento y consenso garantiza la cohesión social. Estabiliza la sociedad al eliminar la contingencia y la ambivalencia.

La crisis de la verdad es siempre una crisis de la sociedad. Sin la verdad, la sociedad se desintegra internamente.

El fin de los grandes relatos, que da paso a la posmodernidad, se consuma en la sociedad de la información. Las narraciones se desintegran y acaban en informaciones. La información es lo contrario de la narración. El big data se opone al gran relato. No narra nada. «Digital» significa en francés numérique. Lo numérico y lo narrativo, lo contable y lo narrable, pertenecen a dos órdenes del todo diferentes.

No solo existe una crisis económica y pandémica, sino también una crisis narrativa. Los relatos crean sentido e identidad. Las teorías de la conspiración como microrrelatos proporcionan aquí un remedio. Se asumen como recursos de identidad y significado.

Las teorías de la conspiración resisten a la verificación por los hechos porque son narraciones que, a pesar de su carácter ficticio, fundamentan la percepción de la realidad. Son una narración de hechos. La ficcionalidad se convierte en facticidad. Lo decisivo no es la facticidad, la verdad de los hechos, sino la coherencia narrativa que la hace creíble.

La democracia no es compatible con el nuevo nihilismo. Presupone un discurso de la verdad. Sin embargo, la infocracia puede prescindir de la verdad

La verdad nos proporciona un sostén. Es «el espacio en el que estamos y el cielo que se extiende sobre nuestras cabezas».

Es evidente que la época de la verdad ha terminado. El régimen de la información está desplazando al régimen de la verdad.